

Mahón



S.M./R.1

Epoca II. Año III

Alayor 25 Enero de 1913

Núm 122

Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Reina, 33.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

En el número 359 de *Gaceta de Cataluña*, correspondiente a 15 de los corrientes, hemos tenido ocasión de leer un artículo que retrata de mano maestra a las alimañas que *culebrean* muy cerca de nosotros.

No podemos resistir a la tentación de insertarla en nuestro periódico, bien que cambiando el nombre del periódico, en la seguridad de que nuestros lectores nos lo agradecerán muy de veras.

Dice así *Gaceta de Cataluña*:

Las víboras

Como sabe el lector, el Magistral de Sevilla escribió y publicó unos folletos sobre política actual que fueron desaprobados por el Sumo Pontífice.

A su autor le faltó tiempo para someterse al Papa y atacar su fallo. He aquí un acto de humildad que honra, enaltece y dignifica a quien lo lleva a cabo. De espíritus fuertes es convencerse a sí mismos, «que es lo más grande que puede realizar el hombre en la tierra», según dijo San Ignacio de Loyola.

Lo que no es grande ni digno, sino bajo y rastrero, es que vengan ahora al-

gunos, y, aprovechando la circunstancia, zahieran al Magistral, y le muerdan venenosamente, y salgan por ahí confundiendo lastimosamente las especies, y hablando de «radicalismos católicos» dañosos, y cantando las alabanzas de un «catolicismo sin exageraciones».

Estos son los de siempre, los taimados, los astutos; son las víboras que culebrean por los pantanos de la neutralidad, que sólo se agitan en tiempo revuelto, que muerden de soslayo, a traición, no dando nunca la cara.

Son aquellos a quienes pone la piel de gallina la actuación de los católicos en la cosa pública; son los que dicen que la política no debe mezclarse con la Religión; son los que, si recuerdan las palabras del Omnipotente *per me reges regnant*, son capaces de afirmar que el Eterno se equivocó, quizá por no haberles consultado antes a ellos, que son los infalibles, los maestros, los únicos depositarios de la verdad.

Nestorios de cartón cuero, Luterillos de guardarropía, Jansenios en agraz, quieren que Dios reine en los hogares, —porque; eso sí, son creyentes, muy creyentes,—pero no en la sociedad, no

en el pueblo no en la nación, no en la cosa pública, sin duda porque lo que hacen ellos en la cosa pública está en oposición completa con la Ley de Dios. Son de aquellos de quienes dijo el P. Coloma que por la Religión lo darían todo, todo, todo, excepto el alma, porque tiempo ha que la tienen comprometida con el diablo.

Esas viborillas venenosas y taimadas, que saben ocultarse tan bien, son en fin, las que tan a rejalgar les sabe que se publique CRUZ Y ESPADA por «sus exageraciones».

Lo cual nos sabe a gloria. ¡Si precisamente escribimos para disgustar a esas víboras!...

Patrón de la semana

S. Francisco de Sales, obisp. y mr.

San Francisco fué natural de Sales del Castillo, en el Ducado de Saboya, de padres ilustres y temerosos de Dios, quienes dedicaron a su hijo, desde muy pequeño, a los ejercicios de devoción. Estudió las letras divinas y humanas, y cuando llegó a la edad de la discreción abrazó el estado eclesiástico, y por sus grandes virtudes y acreditada piedad mereció ser colocado en la Silla Episcopal de Ginebra, cuya dignidad desempeñó con tanto celo por la salvación de las almas, que no solamente escribió muchas y buenas obras para la dirección espiritual, sino que era incansable en la predicación de la divina palabra, siendo el fruto de sus trabajos apostólicos la con-

versión de 72.000 herejes. Fundó la Orden de Religiosas de la Visitación, y después de haber padecido innumerables trabajos por la conversión de las almas, pasó a la otra vida a recibir el premio de la eterna bienaventuranza el año 1622.

Nuestro blanco preferente y la razón de su preferencia

He aquí el aspecto más característico y también el más murmurado, censurado, odiado y calumniado de nuestra táctica periodística, fiel reflejo o, mejor, prolongación de nuestra táctica política: la preferencia del error encubierto sobre el error franco para el ataque.

Hay una gradación de errores en el eslabonamiento lógico, que arranca de su primer principio y termina en la consecuencia última.

Ante esta gradación nuestras reputaciones, sin descuidar las consecuencias, aplican sus energías a los principios, como la más elemental prudencia médica aconseja en el ataque a la enfermedad a quien sabe que, subsistiendo las causas, podrán calmarse los efectos momentáneamente, pero subsistirán y resurgirán con más pu-

janza, siendo el mero descuido del ataque a los principios, cooperación del triunfo de los mismos efectos que se combaten.

Y estos principios son por lo común errores encubiertos o errores cuya trascendencia el vulgo no vé en el germen, y solo ve en los frutos, cuando se descubre en toda su maldad; por lo que estos errores no solamente son más funestos en sí mismos, sino también más peligrosos respecto al vulgo inmenso.

Por eso en nuestras luchas periodísticas y políticas no dejamos de atacar el anarquismo, el socialismo, el jacobismo, el liberalismo franco; más la preferencia de nuestros ataques, la muela de nuestra contienda, fué siempre el liberalismo católico.

Las «masas honradas» oyen decir que el pensamiento no delinque, que cualquiera tiene derecho, anterior y superior a toda ley, de propagar sus ideas, sea cual fuese su tendencia y filiación; y las masas honradas, queremos decir, el vulgo honrado, no se asusta, no ha comprendido la revolución que bulle en tamaño absurdo. Pero ve semanas sangrientas, ve atentados personales, ve una porción de con-

secuencias prácticas de aquel principio; y los que del principio no se asustan y aún lo suscriben y le votan, ante las consecuencias se horrorizan. Pues bien, aquel principio entra en el «contenido esencial» del liberalismo católico, sus consecuencias se las repartan gradualmente los demás partidos que en la escala revolucionaria siguen a ese liberalismo.

No sólo no asusta al vulgo honrado este liberalismo; insensiblemente, so color de catolicismo, se infiltra y cala los huesos, apareciendo al cabo allí donde menos podía esperarse.

Por todo esto, repetimos, la preferencia de nuestros ataques la tuvo siempre el liberalismo católico, ese que no espanta; ese que atrae con esperanzas ilusorias de salvación para luego rezumarse e incrustarse en las médulas, no solo del vulgo, sino aún de los doctos.

Y cuando por este aspecto de nuestra táctica histórica se nos murmuraba, censuraba, odiaba y calumniaba, alegando que al combatir a liberales católicos o conservadores, empléabamos para luchar con *hermanos* una pólvora que debíamos emplear contra los anar-

quistas, hijos políticos de tales *hermanos* nosotros recordábamos aquellas frases con que Pio IX explicaba porqué condenaba tantas veces y con tanto ahinco e insistencia el liberalismo católico, con *preferencia* al liberalismo franco, porque este apenas había que condenarlo, bien clara se veía su maldad; pero aquél no y era por lo mismo más funesto, monstruoso, peligroso, más digno de ser condenado a cada instante.

Con una razón poderosísima viene la actualidad a confirmar la prudencia de esta conducta.

Nosotros llamamos siempre con frase bíblica *sepulcros blanqueados* a los errores liberales católicos. Nos apestaban esos sepulcros, por fuera católicos, por dentro liberales; por fuera limpios, por dentro hediondos (nos referimos a los errores). Aquí era el gritar contra nuestra falta de caridad y nuestro despilfarro de municiones que debíamos guardar para el anarquista y no para el liberalismo católico, a quien debíamos defender.

Más he aquí que una de las declaraciones de Maura en su manifiesto de despedida contiene la afirmación de que el partido conservador, que es el que aquí encarna

políticamente el liberalismo católico, oculta muchos *defectos* debajo de su aparente disciplina. ¡Lástima que una prudencia carnal le haya impedido poner clara la verdad de la hediondez de esa política, hediondez que, sin embargo, no se disimula con la cobertera de la palabra *defectos* porque por todo el contexto trasciende! Como que es una de las razones de porqué se marcha.

Si será peligroso, si será funesto, si será horrible el liberalismo católico, si sabrá infiltrarse sutilmente en las inteligencias no obstante esa declaración terminante del Sr. Maura, no obstante el fracaso manifiesto del liberalismo católico, no obstante la corrupción que en sí mismo entraña y de él mismo fluye a los demás partidos liberales y al vulgo ignaro, aún hay quien grita ahora con más fuerza que nunca que ese liberalismo católico que fracasa impotente y corrompido, entre desaires y rechiflas sangrientas, inútil ya, después de haber encaramado y consolidado la revolución, ese es la salvación de España.

Y se empeñan en que Maura deponga su asco, sacrifique su dignidad y vuelva a empuñar la bandera del liberalismo católico... No se le dice que empuñe bandera católica antiliberal, en vez de la bandera que fracasó y cayó en la cloaca hecha estropajo; no se le dice

que empuñe bandera católica y se lance con falanges aguerridas a dar la batalla a todo eso que ha vencido al liberalismo católico, y contra lo cual en vano intentaría revolverse el católico liberalismo.

¡Qué sutileza la de este error!

¡Como recalca hasta los huesos!
¡Cómo llegar a cegar las inteligencias más inteligentes! ¿Se ve con cuanta razón no se cansaba de condenarlo la Santidad de Pio IX? ¿Se comprende por qué fué siempre el error preferido en nuestros ataques?

Es una especie de modernismo; es el propio modernismo, el modernismo político.

Y ¿quién ignora como va silbando, como va rozando este *venticello* hasta adormecer la inteligencia para luego, hecho huracán, despertarla en la herejía? ¿Quién ignora cómo esparce su peste el modernismo?

(De *El Siglo Futuro*)

Soliloquios del borracho

Soy feliz, no quiero nada;
No me ciega la ambición;
De este mundo ni del otro
No pretendo galardón.
¿Religión?... es tontería,
¿Cielo..., infierno? una ilusión,
Son patrañas de los curas
Para su especulación.
No hay más Dios que mi botella,

Ni más cielo que un bocoy
Bien llenito de lo tinto,
Que esté a mi disposición.
Yo en el cielo creería
Si dijeran que hay en él
Puras fuentes cristalinas
De Jerez y Moscatel.
El infierno aquí se tiene
Donde no haya que beber;
El que no bebe no vive
Quien no *vive*... ya se vé.

Bebe mucho, buen amigo;
El que bebe aquí Jerez
O Consuenda o Tostadillo
Nada más que por placer
O mejor dicho, por vicio,
Porque todo puede ser,
Como dá tantos tropiezos
Y no puede con los piés,
Va derecho, *haciendo curvas*,
O a empujones a beber
En las lúgubres bolegas
Anisado de Luzbel
Fabricado con ajenjos,
Con vinagres y con hiel.

ESOPIN.

Importancia de la fertilización del Olivo

El olivo que debiera ser una de nuestras principales riquezas agrícolas pues su cultivo ocupa aproximadamente el 5 por % de la superficie total agraria de nuestro país, no lo es, debido a la incuria y falta de iniciativa que reina en la mayor parte de las regiones olivareras. Si examinamos las estadísticas, nos

vemos a la cabeza de todas las naciones europeas en cuanto a la superficie de olivares pero desgraciadamente no podemos decir lo mismo en cuanto a la producción media, que acusa una inferioridad muy notable comparada con la de otros países.

Es creencia muy generalizada que el olivo prospera en los terrenos más estériles no necesitando abono de ninguna clase. Tal manera de pensar debe ser abandonada y se impone que nuestros agricultores pongan en práctica los medios racionales establecidos sobre bases científicas, que han servido a nuestros vecinos para hacer de la olivicultura una industria inteligente, productiva y remuneradora.

El olivo, como toda planta, necesita para su desarrollo y fructificación un alimento apropiado. Este alimento lo toma del suelo por medio de sus raíces, si la tierra es pobre en elementos fertilizantes, el árbol vegetará mal y producirá poca cosecha, esto es lo que sucede en nuestras tierras donde su cultivo prolongado ha terminado por agotar el suelo en principios alimenticios.

Es muy difícil establecer de una manera precisa las cantidades de elementos fertilizantes que el olivo toma del suelo, pues estas varían según la variedad cultivada y el número de árboles plantados por hectárea.

Según los análisis de M. Papparrelli, un árbol en buen estado de vegetación toma del suelo: Potasa 0.4597; nitrógeno 0.9088 gramos; ácido fosfórico 0.1704 gramos; es decir, que calculando 100 árboles por hectárea, nuestro suelo se em-

pobrece cada año de 90.88 Kilogramos de nitrógeno 45.97 Kilogramos de potasa y 17.04 de ácido fosfórico.

Los abonos orgánicos tales como el estiércol, el crujo de aceituna, los desperdicios de lana, el serrín y asta de cuernos y otros, pueden utilizarse ventajosamente y deben constituir la base de la alimentación, pero como su acción es muy lenta y no contiene en proporción adecuada los elementos necesarios para fertilizar los olivares, se debe recurrir a los abonos químicos para proporcionar al árbol en el periodo de gran actividad vegetativa un alimento abundante y fácilmente asimilable.

Por otro lado, en las regiones secas, el empleo de los abonos químicos representa un papel importantísimo, reemplazando en cierta medida la falta de irrigaciones. En efecto, sabemos que la abundancia de una cosecha cualquiera, depende de la riqueza del suelo en elementos fertilizantes solubles; para formar su materia seca, la planta evapora el agua que contiene en disolución los principios minerales tomados del suelo. Por consiguiente tanto más concentrada será la solución más rápida será la formación de la materia seca y la planta evaporará menor cantidad de agua.

El sabio agrónomo M. Deherain, en una experiencia célebre, ha demostrado que la formación de un grano de materia seca necesita: sin aplicación de abonos, 682 gramos de agua; con estiércol, 438 gramos de agua y con abonos minerales 233 gramos.

El hecho de que una planta gaste para la formación de un gramo de materia

seca, cantidades de agua que puedan variar del simple al doble y hasta el triple, según que reciba o no los abonos necesarios a su desarrollo, indica que en las regiones donde el agua escasea, los abonos minerales son de gran utilidad.

Hagamos, pues, uso de los abonos químicos en proporciones determinadas, demos labores más frecuentes, practiquemos una poda racional y de esta manera podremos ponernos al nivel de los otros países y recoger el dinero que tan tristemente dejamos escapar de nuestras manos.

R. DE MÁS SOLANES.

EN CARNAVAL

Linda sala, grande orgia,
 mesa de menjares llena,
 mucho vino, poca pena,
 estrepitosa alegría,
 está para abrirse el día,
 el placer parece eterno:
 más... allá un reloj moderno,
 mientras rien, mientras saltan,
 cuenta las horas que faltan,
 para llegar al infierno.

J. A.

De «El Protestantismo comparado con el Catolicismo» Tom I cap. VIII.

¿Cual es el origen del fanatismo? antes es necesario fijar el verdade-

ro sentido de esta palabra. Entiéndase por fanatismo, tomado en su acepción mas lata, una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión, o falsa o exagerada. Si la opinión es verdadera, encerrada en sus justos limites, entonces no cabe el fanatismo; y si alguna vez lo hubiere, será con respecto a los medios que se emplean en defenderla; pero entonces ya existirá tambien su juicio errado, en cuanto se cree que la opinión verdadera autoriza para aquellos medios; es decir que, habrá error o exageración. Pero si la opinión fuese verdadera, los medios de defenderla legítimos y la ocasión oportuna, entonces no hay fanatismo, por grande que sea la exaltación del ánimo, por viva que sea su efervescencia, por vigorosos que sean los esfuerzos que se hagan, por costosos que sean los sacrificios que se arrastren y entonces habrá entusiasmo en el ánimo y heroismo en la acción, pero fanatismo nó: de otra manera los héroes de todos los tiempos y países quedarían afeados con la mancha de fanáticos.

BALMES.

Para los padres

Siete reglas de Oro

Preguntaron a un sencillo campesino cómo había logrado educar con tan espléndido éxito a sus hijos. Cuatro de ellos habían estudiado y alcanzado el título de Doctor; uno era sacerdote y profesor de Universidad; los otros tres eran abogados, y todos se distinguían por su ejemplar conducta. El campesino preguntado así, contestó con toda sencillez lo siguiente:

—El que he educado con más esmero, es mi hijo mayor; su ejemplo influía benéficamente en la educación de los menores; así que tuve con ellos menos trabajo. En lo demás he observado las reglas siguientes:

«Nunca exigí nada de mis hijos que no hiciera yo primero; y siempre he pensado bien lo que les mandaba.

»Exigí siempre pronta obediencia: los hijos deben convencerse de que es un deber; la obediencia debe hacerseles costumbre.

»Dí a mis hijos muchas pruebas de cariño, mas cuidando siempre de que no me perdiesen el respeto.

»Nunca sufrí contradicciones ni protestas de su parte,

»En presencia de los hijos es preciso que cuiden los padres de estar en perfecta armonía entre sí y que no encuentren los hijos en la conducta de uno de los dos, un pretexto para sustraerse a los mandamientos de Dios o de la Iglesia.

»He acostumbrado a mis hijos desde

niños al trabajo, sin perder de vista el cuidado por su salud.

Todos los días los he encomendado a la protección de Dios.»

Si todos los padres observaran estas reglas, muchos se ahorrarían muy tristes experiencias cuando los hijos han llegado ya a cierta edad.

CRONICA

El recibimiento que el pueblo de Menorca ha dispensado al Rector Mayor de los Salesianos ha sido entusiasta y afectuoso.

Con mucho acierto ha dicho el M. Ilre. Sr. Lectoral de la Catedral de Menorca que «desde su arribada a Mahón hasta su llegada a Ciudadela, ha sido su paso por esta hermosa isla a manera de carrera triunfal.»

Y no nos extraña que así sucediera porque en el corazón del pueblo tienen fuerte arraigo los ideales religiosos mal que les pese a los sectarios de todo pelaje.

Dada la poca extensión de este periódico nos es imposible reseñar las múltiples manifestaciones de simpatía que D. Albera ha recibido a su paso por los pueblos de esta isla. Baste decir que todos han cumplido como buenos y que el recibimiento que se le hiciera en Ciudadela superó con mucho, a cuantos se habían tributado al preclaro sucesor de D. Bosco a su paso por las grandes capitales del mundo.